

Y comieron perdices...

Ana Laura Borges Casas



DIPLOMA 2022

Y comieron perdices...

Ana Laura Borges Casas

Y comieron perdices...

- ¿Me permite contarle un cuento? Siempre me he considerado una buena narradora. -
- Preguntó la señora con una dulce sonrisa en los labios.
- No tenemos tiempo para esto ... - Me susurró mi compañero que empezaba a estar cansado.
- Adelante, me encantan los cuentos - La apremié yo, haciendo caso omiso a sus palabras.
- Como todos los cuentos, debería empezar por el principio...

Cuando lo conocí supe que lo haría. No me pregunten cómo ni por qué lo supe, soy incapaz de contestarle a cualquiera de esas preguntas, solo puedo decirles que la primera vez que nuestros ojos se cruzaron a las 12:35 p.m. en esa cafetería del centro de Triana supe que lo haría. Fue como si el contacto con sus pupilas desencadenara en mí una serie de recuerdos de una vida que aún no había vivido, o que al menos yo no recordaba. Al verlo experimenté una especie de déjà vu de mal gusto que rezaba "PELIGRO" en mayúsculas y escrito en rojo, un mensaje claro, conciso y directo, que pretendía evitarme muchos problemas, pero que como cualquier ciega que no quiere ver, ignoré. Y cuando él me vio a mí también, echándole sal en vez de azúcar a mi café, por no poder apartar mis ojos de los suyos; y una de las comisuras de sus labios se levantó casi de manera mecánica, como si estuviera tan acostumbrado a sonreír que su cuerpo ya lo hacía por impulso; actué como la niña ingenua que aún sigo siendo y pulsé el botón rojo que mi madre me había advertido tantas veces que no tocara, y le devolví la sonrisa. Y, aunque lo sabía, porque es que ya lo sabía, en ese momento me convertí en el muerto que cambia su propia tumba y él en mi sentencia de muerte. A partir de ese momento, todo pasó muy rápido, tan rápido que soy incapaz de recordar a ciencia cierta en qué orden ocurrieron los sucesos, pero en ese momento no me importaba.

Él se sentó en mi mesa sin necesitar invitación y me invitó a un café un poco menos salado. No pude evitar reírme mientras aceptaba como una idiota, embobada por la especie de atracción

Laucy

inherente que ejercía hacia mi persona. El sentido del humor siempre fue una de sus cualidades, o, a lo mejor, era yo que me reía de sus chistes malos con tal de que siguiera contándomelos.

Sin apenas darme cuenta, empecé a salir todos los días media hora antes de la oficina donde hacía mis prácticas para ir a esa cafetería que ahora se había convertido en mi favorita, y él, que trabaja a más de media hora, empezó a coger el metro para ir a almorzar con la “chica más hermosa y con peor gusto por el café que había conocido en su vida.” La verdad es que tenía razón, no en lo de mi belleza, una no puede decirse a una misma guapa que es, resultaría de mal gusto; hablo de que el café en esa cafetería estaba malísimo, lo descubrí el día en el que lo conocí, pero seguí pidiéndome un cortado con mucha leche a diario con tal de oírle a él decir lo guapa que estaba esa mañana.

A la semana siguiente, apareció con un ferrari en la puerta de las oficinas, tocando la pita como un padre de 50 años al que un atasco lo separa del partido de fútbol que empieza dentro de media hora. “¿Puedes salir antes? Tengo una sorpresa”, me preguntó con ojos de nunca haber roto un plato, cuando lo más probable es que le rompiera toda la vajilla a su madre cuando era pequeño. Y yo, que amaba las sorpresas tanto como lo estaba empezando a amar a él y que odiaba un trabajo en el que no me valoraban ni la mitad de lo que yo creía que él me valoraba, no pude decirle que no. Al día siguiente, volvió a recogerme, y al siguiente, y al siguiente, y al siguiente; siempre un poco antes de que mi turno terminara; y cuando una mañana me atrapó con sus sábanas de terciopelo y me pidió que ese día no fuera a trabajar, que total, ahí nadie me quería como él, tampoco pude decirle que no. Mi jefe tampoco pudo negarse a las reiteradas peticiones de mis compañeros de alejarme de mi puesto, ese al que no le estaba prestando atención, y tras tres meses de faltas sin justificar y alguna baja por una enfermedad inexistente, me vi de patitas en la calle. “Esto es una gran oportunidad, nena. Ellos no te apreciaban como yo. Estaremos mejor sin ellos”, me consoló con una sonrisa mientras me secaba las lágrimas, y yo le creí. Una hora después me estaba mudando a la casa que se convertiría en la prisión por el resto de mi vida.

- ¿Habla de esta casa? - La corté al relacionar sus palabras con la realidad, mirando a mi alrededor.

Laucy

- Puede que sí, puede que no, al fin y al cabo, esto es solo un cuento ¿no? - Mi compañero suspiró de manera exagerada y agarró otro trozo del pastel, mientras la interlocutora sonrió y volvió a ensimismarse en la historia.

La casa la había heredado de sus padres, una pareja de abogados que habían labrado una pequeña fortuna cuando eran jóvenes, lo suficientemente grande como para dejarle a su único hijo en herencia cuatro paredes que para mí, que siempre había vivido en un barrio de clase media a las afueras de la ciudad, parecía más bien una mansión. Sin embargo, me gustaba, era una casa alejada de la ciudad, pero con la suficiente tranquilidad, privacidad y soledad que necesitaba una pareja de enamorados. "Aquí podemos criar y ver crecer a nuestros 7 hijos", me susurró besándome en el porche, y yo, que nunca había considerado tener hijos, lo vi como una buena idea.

El día que conseguí un puesto en una pequeña pastelería de la zona sentí que no podía con mi propia alegría. Él me invitó a cenar en esa cafetería en la que nos habíamos conocido con la excusa de celebrar mi nuevo contrato. Esa misma noche, se arrodilló en frente de todos los comensales y me colocó un pedrusco cuyo peso no podía mantener mi dedo anular; y yo, que ya me creía afortunada, me sentí la mujer más feliz del mundo, o más bien, la mujer del hombre más feliz del mundo, o al menos, eso me había dicho él. Nos casamos un mes después, fue una boda íntima que celebramos en la iglesia de nuestra zona, atendida por el cura que llevaba en el mismo puesto hacía más de un quinquenio. Yo no era cristiana, pero sabía que mi futuro marido creía en Dios, y yo creía en él más que en nadie.

Cuando empezaron los gritos, comencé a rezar todas las noches. Rezaba porque pararan, rezaba por no tener que dormir sola esa noche, rezaba para que los vecinos no nos escucharan, rezaba porque cada grito no viniera acompañado de un golpe en la puerta de nuestra habitación, rezaba para que su puño no atravesara la puerta, rezaba por no convertirme yo en esa puerta. Rezaba por quedarme embarazada. Le prometí que tendríamos un hijo, le prometí que seríamos padres y él me prometió que cuando el bebé naciera todo mejoraría, él mejoraría. Yo no sabía cómo un niño podía arreglar algo que ya estaba roto, pero yo le creí.

"¿Cómo es que todavía no te has quedado embarazada? ¿No quieres que seamos padres? Si no pasaras tanto tiempo trabajando y estuviéramos más tiempo juntos, ya habría un bebé en esta casa."

Laucy

Eran sus frases favoritas, las que me gritaba después de cada nuevo test de embarazo negativo y después de que me negara a intentar nuevamente quedarme embarazada cuando claramente mi cuerpo se negaba a ello. Quizá la culpa no era mía, quizá simplemente no estábamos destinados a ser padres, tal vez la culpa era de él. No, eso ni pensarlo, él nunca tenía la culpa de absolutamente nada. La culpa tenía que ser mía, solo mía, así que dejé mi trabajo.

Sin embargo, me quedé embarazada. Tras diez intentos fallidos, tres abortos que mantuve en secreto y visitas al ginecólogo, con el que, por cierto, mi marido creía que ligaba, me quedé embarazada. Mi hija nació ocho meses después, un mes antes de lo esperado, para eso no nos hizo esperar, y a los gritos de mi marido, se sumaron los lloros de mi bebé, a la que él no sabía cómo acallar. Quería a mi hija, no me malentiendan, ¿qué clase de madre sería si no lo hiciera?, pero ese no era mi sueño, o al menos el que había tenido hasta antes de conocerlo a él.

El primer día de colegio de mi hija por fin se hizo el silencio. El primer día de colegio de mi hija fui yo la que rompí el silencio, con gritos y sollozos como los que había estado escuchando durante años. La primera vez que mi hija no estuvo en casa, mi marido me levantó la mano por primera vez.

Se oía el ruido de los coches fuera, comandados por conductores apresurados que no tenían tiempo para darse cuenta de que tras la ventanilla de su coche, había más mundo, uno que se estaba haciendo añicos. En la radio sonaba "When we were young" de Adele y, aunque era una balada romántica, tirada en el suelo del salón, viendo como la tierra seguía girando mientras yo no podía moverme, la sentí la canción más triste del universo. Mi corazón galopaba como un caballo salvaje, asustado, frenético, exhausto, al mismo ritmo que sus puños; y el eco de sus gritos, que por alguna extraña razón le parecían muy lejanos al pitido de mis oídos por los que salía un hilo de sangre, me recordaban que no intentara levantarme, o sería peor. Como si tan solo pudiera levantarme cuando ya estaba en lo más hondo. Hace mucho me había caído y la pura verdad era que, tras muchos años sin querer ponerme de pie, había olvidado que podía hacerlo. Así que simplemente me quedé allí, tirada en el suelo, tiritando y no por el frío, mientras sollozaba y sentía que me ahogaba con la saliva que se empezaba a acumular en mi garganta agotada, sin fuerzas para seguir gritando, sin ganas de seguir luchando.

Laucy

- Señora, ¿está usted bien? - Preguntó mi compañero, mientras yo le tendía a la mujer con surcos de lágrimas que nacían de sus ojeras hinchadas, una caja de pañuelos. Ella simplemente asintió y prosiguió con el relato que cada vez se volvía más lúgubre.

Cuando me negué a tener otro hijo, supe por qué no le había dado nunca un “no” por respuesta antes. Siempre había pensado que era por amor, pero en realidad era el miedo lo que me frenaba. Sin embargo, me quedé embarazada otra vez, mientras miraba el techo de nuestra propia habitación, tirada sobre nuestro colchón y rezando mentalmente para que aquello terminara lo antes posible. Me quedé lo más inmóvil y callada posible, ni siquiera me permití derramar una lágrima, y no lo hice porque temiera que él se percatara de mi presencia, él era muy consciente de que yo estaba allí, de que yo no quería y de lo que él estaba haciendo. No me atreví a moverme por si era yo la que recordaba lo que estaba pasando. ¿Conocéís el cuento de Pinocho? Ese es el que una marioneta de madera sueña con ser un niño de verdad, lleno de emociones, de sentimientos, y vivo. Pues yo quería ser Pinocho, pero al principio de la historia. Cuando concebimos nuestro segundo hijo, debería haberme sentido como una marioneta, que él usó a su antojo para hacer realidad sus sueños. No obstante, fui consciente de mi propia humanidad, cuando con cada roce de sus ásperas manos, con cada aliento sobre mi cuello, con cada susurro lleno de promesas que nunca había cumplido, me sentí cada vez más muerta. Ojalá hubiera sido una marioneta. Ojalá no hubiera sentido lo que sentí. Ojalá no hubiera estado viva para ese momento. Ojalá no hubiera estado tan muerta por dentro. Ojalá no recordara lo que todavía hoy recuerdo. Tal vez si hubiera sido Pinocho, hoy no estaríamos aquí. “Vas a tener un hermanito”, le anunció a nuestra hija una semana después y yo corrí inmediatamente a vomitar al baño y no precisamente por el embarazo que había aparecido por un mal truco de magia.

Tuvimos un niño, un niño con unos preciosos ojos iguales a los de su padre, iguales a aquellos que me enamoraron a primera vista en la cafetería que no visitábamos hace años porque yo ya ni siquiera salía de casa. Un niño que todos decían que era igual que su padre, provocándome arcadas y escalofríos ante la más mínima sospecha de que sus palabras fueran ciertas. Mi familia estaba feliz, su hermanita estaba feliz, mi marido estaba feliz...Entonces, ¿por qué yo no lo estaba? Dicen que los ojos son el espejo del alma y cuando yo me asomaba, las pocas veces que conseguía reunir la valentía suficiente para hacerlo, a ver las pupilas cristalinas de mi recién nacido, solo podía

Laucy

ver el reflejo de alguien que hacía mucho tiempo que no tenía alma. No puedes querer a alguien que desconoces, no puedes amar a alguien que representa tu mayor pesadilla hecha realidad, no puedes amar a alguien inocente que, a pesar de no tener la culpa de nada, te ha hecho tanto daño.

Su primer cumpleaños llegó antes de lo esperado y, a pesar de que aún no me acostumbraba a la presencia que me había robado una vida que ya no me pertenecía, decidí organizarle una fiesta por todo lo alto. No lo hice por todos los vecinos que invadirían nuestra casa, no lo hice por guardar las apariencias, ni siquiera lo hice por evitar las preocupaciones de mi familia a la que hacía demasiado tiempo que no llamaba. No lo hice por ninguno de ellos, ni siquiera por mis hijos que comerían tarta con las manos, manchándose toda la ropa que luego lavaría yo. Lo hice simplemente por mí, por si por algún golpe de suerte, llegaba a recuperar la fe que tenía cuando tenía 23 años y lo conocí y me creía ese cuento de hadas que me habían vendido a través de una portada falsa, que escondía muchas páginas arrancadas. Pero no funcionó. Los cuentos solo son eso, cuentos, como los que le leía a mi hija cada noche con tal de tener una excusa para volver más tarde a nuestra habitación; y, aunque ya yo lo sabía, aún así me extrañé cuando, pillé a mi marido en ese cuarto que tanto evitaba, en esa cama que tanto odiaba, con la vecina de al lado, más joven y guapa, a la que le susurraba con un tono de voz que ya creía haber olvidado: “Eres la mujer más hermosa que he conocido en mi vida.” Y yo, que hace mucho que no me veía al espejo por miedo a ver un reflejo que ya no reconocía, que no me pertenecía, cerré la puerta y me fui a la cocina a preparar el mejor pastel de cumpleaños, el que mi familia de cuento se merecía.

- ¿Y que pasó en el cumpleaños? - Le inquirió mi compañero con tono acusatorio, pues se estaba acercando al punto que habíamos estado esperando desde el comienzo del relato.

- Todo fue perfecto. Todos sonreían, pero la sonrisa más brillante era la de la que empezó siendo la protagonista y por fin veía su sueño hecho realidad.

- Entonces, ¿consiguió creerse el cuento?

- Oh no, querida, claro que no. Los cuentos no son más que falacias. - Admitió tranquila, con una sonrisa tan grande como la que acaba de describir.

- Pero, estaba feliz, ¿no es así?

Laucy

- Claro que lo estaba, por fin había conseguido eso que tanto tiempo llevaba deseando. - Su sonrisa parecía sempiterna, pero sus pupilas midriáticas parecían las de un cadáver.

- ¿Y qué fue lo que logró? - Inquirí confusa, habiendo perdido el hilo de la historia.

- Pero no le des cuerda, estaba a punto de confesar... -Susurró el policía a mi derecha, al que el tema de los interrogatorios lo sacaba de sus casillas.

- Se miró al espejo. - Soltó como si fuera lo más normal del mundo. - Y comprobó que llevaba muerta hace mucho tiempo.

- Tal y como había estado deseando desde que descubrió la verdadera identidad de él... -Aclaré yo por ella y su sonrisa no hizo más que ensancharse.

- Pero, eso no puede ser todo. ¿Cuál es la moraleja del cuento?

- La moraleja es que a veces el príncipe puede ser también el cazador.

- Al grano, señora Nieves, sea clara. ¿Está usted admitiendo que él los asesinó? - Me interrumpió el comandante antes de que pueda decir nada.

- Llámeme solo Blanca, por favor, Nieves era mi apellido de casada - Lo corrigió la mujer.

- Bien, Blanca, ¿confirma usted que su marido cometió el asesinato múltiple?

- Sabía que lo haría. Ella sabía que lo haría cuando lo miró a los ojos por primera vez, pero, aun así, cuando se vio en el espejo, tocándose el pecho con la palma de su mano, se sorprendió al ver en su reflejo un cadáver, una especie de muerto viviente sin nada que latiera dentro de su pecho. - Finalizó por fin su relato, haciendo caso omiso a la pregunta del policía.

- Sí o no. Solo necesito una respuesta. -Insistió mientras la vena de su cuello empezaba a palpar.

- Si se refiere usted a si el príncipe fue culpable de coger el puñal con el que siempre la había abrazado por la espalda para arrancarle el corazón de su pecho y privarle de los latidos que él mismo provocó en un primer momento, la respuesta es "Sí".

Laucy

- ¿Puñal? En la escena del crimen no se encontró ningún arma blanca -Comenté yo, mientras rebuscaba en los informes del caso, confusa.

- Porque aún no hemos encontrado el arma - Me retiró los informes, nervioso y volvió a fijar su vista en la mujer - Entonces, ¿su marido mató a los invitados de la fiesta y luego se suicidó para ocultarlo?

- La interrogada simplemente se limitó a asentir y mi compañero que tras todo el monólogo se había percatado de que con esa mujer no iba a llegar a ningún lado, cerró el informe, consciente de que iría a parar a otra lista de casos sin resolver.

-Pero ¿cómo lo hizo? No había armas ni indicios de violencia. Esto no tiene sentido – Exclamé ofuscada, intentando conectar las piezas incoherentes de un puzle incompleto.

- ¿Tiene alguna pregunta más? - Preguntó por primera vez la señora Nieves, dirigiéndose directamente a él.

- No, por lo que veo aquí no vamos a llegar a ningún lado. Puede irse. - Sin dedicarle ni un minuto más de su tiempo, le indicó con su mano que se fuera, como si su sola presencia lo perturbara - Una última pregunta. - La detuvo cuando estaba a punto de salir por la puerta. - ¿Este pastel lleva almendras?

- Sí, almendras amargas, a mi marido le encantaban. - Dijo con una radiante sonrisa y abrió la puerta, mientras su vista se posaba por última vez en el único trozo de tarta que quedaba en el plato.

Y entonces lo recordé: *Era inevitable: el olor de las almendras amargas le recordaba siempre el destino de los amores contrariados.* La primera frase del famoso libro de García Márquez inundó mi cerebro y caí en la cuenta de por qué en la fiesta no encontraron ni arma del crimen, ni sangre, ni huellas y ni siquiera un culpable, y, sobre todo, por qué hubo una única superviviente de ese cumpleaños desastroso que acabó en una masacre.

- La moraleja es que Blancanieves también puede convertirse en la bruja si no recibe un beso.

- Susurré mientras veía cómo la piel del agente Martínez empezaba a tornarse del mismo color que la sangre azul del príncipe. Ya no quedaba nadie en la comisaría y el último trozo del pastel de manzanas envenenado con cianuro se estaba digiriendo en mi estómago.